

Arteterapia. Papeles de arteterapia y educación para inclusión social

ISSN-e: 1988-8309

<https://dx.doi.org/10.5209/arte.75875>

 EDICIONES
COMPLUTENSE

Dibujar en tiempos de pandemia. Un diálogo a dos voces acompañado de Jean-Luc Nancy

Marián López Fernández Cao¹

Resumen. El texto aborda una reflexión sobre el acto de dibujar en relación al proceso creador ocurrido durante el confinamiento derivado de la COVID19, entre abril y junio de 2020. Elementos como atención, mirada, cuidado, sostenimiento, vínculo y placer surgen en el acto creador, máxime cuando la vulnerabilidad y la impredecibilidad surge alrededor. A partir de referentes teóricos como Jean-Luc Nancy se aborda una reflexión sobre la potencialidad creadora en tiempos de incertidumbre.

Palabras clave: Proceso creador, pandemia, dibujo, mirada, vínculo.

[en] Drawing in times of pandemic. A dialogue in two voices accompanied by Jean-Luc Nancy

Abstract. The text explores a reflection on the act of drawing in relation to the creative process that occurred during the confinement derived from COVID19, between April and June 2020. Elements such as attention, gaze, care, holding, attachment and pleasure emerge in the creative act, especially when vulnerability and unpredictability arise all around. Based on theoretical references such as Jean-Luc Nancy, a consideration of the creative potential in times of uncertainty is addressed.

Keywords: Creative process, pandemic, drawing, gaze, attachment.

Sumario: 1. Consideraciones preliminares: dibujar. 2. El comienzo. 3. Intercambio. 4. El placer de dibujar. 5. El espacio de la creación. 6. Mirar desde/con otros ojos. Encontrar. 7. Hacia la Memoria ósea. 8. Epílogo. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: López Fernández Cao, M. (2021). Dibujar en tiempos de pandemia. Un diálogo a dos voces acompañado de Jean-Luc Nancy. *Arteterapia. Papeles de arteterapia y educación para inclusión social*, 16, 11-17.

1. Consideraciones preliminares: dibujar

Antes de comenzar mi reflexión me gustaría compartir algunos pensamientos sobre el acto de dibujar del magnífico texto que Jean-Luc Nancy realiza en *Le plaisir au dessin* (2007) el placer de dibujar. Nancy divide su texto en varios epígrafes que, para aquellos que nos dedicamos al análisis de procesos creadores, es de suma importancia y acierta en elementos fundamentales para el sentir de los procesos artísticos, del dibujo y sus avatares.

“El dibujo es la forma no asignada, no disponible, no formada” (Nancy 2007, p. 13).

“Dibujar es precisar una idea. El dibujo es la precisión del pensamiento. Por el dibujo, los sentimientos y el alma del artista pasan sin dificultad al espíritu del espectador (Matisse, en Nancy, p. 16)

“Placer” es una palabra ambigua, donde su valor puede tender por un lado a la complacencia y la satisfacción de la facilidad y la falta de exigencia, así como puede abrirse a una alegría o disfrute de la cual lo ilimitado, lo excesivo y lo desahucible son las verdaderas marcas. (...) En realidad, la ambigüedad de la palabra “placer” es también su recurso: sin permitir dicotomía alguna, es capaz de mezclar con una delicadeza extrema el valor del disfrute y el valor de la espera o la aspiración. Hay en el placer que se distingue del apaciguamiento de una necesidad, el dinamismo renovado del deseo al cual responde –aquello que como Renè Char llamaba “el amor realizado del deseo siguió siendo el deseo”

Un placer que no se contenta con tomar un objeto: se contenta a llevar a un sujeto más allá de sí. Hegel lo diría simplemente: Las obras de arte no se hacen para ser consumidas. La contemplación no consume lo que contempla: renueva su hambre y su sed.“

“Dibujar es a la vez, hacer nacer la forma –hacer al dejarla nacer– y así mostrarla, ponerla en evidencia –o, más bien, allí de nuevo, dejar que su evidencia se ofrezca y se disponga”. (Nancy 2007, p. 19)

¹ Agradezco a mi amigo Javier Pereira, allá, “na outra banda do mar”, por haberme incitado a crear durante esos meses de pandemia, haber compartido conmigo sus estremecedoras fotos que revelan una mirada cuidadosa y ese diálogo casi diario sobre la belleza y la fragilidad.

2. El comienzo

Durante las primeras semanas del confinamiento, recibí la comunicación de un antiguo compañero de clase de la adolescencia, Javier Pereira, a quien había perdido la pista y hacía unos años había reencontrado en una reunión colegial. Me escribía, atento, para saber cómo estábamos “los de Madrid”. Me sigue llamando la atención pertenecer de pronto al grupo de “Os de Madrid”, ese apelativo que yo misma lanzaba con cierto desdén a aquellos que invadían con displicencia recíproca nuestra tranquilidad, rompiendo por unos meses nuestro sosiego rítmico de provincia echada al mar y las mareas.

Javier me preguntaba por mi estado con preocupación, tras las noticias que machaconamente repetían una y otra vez sobre la situación, terrible por otro lado, que atravesábamos en aquel marzo de 2020. Un marzo, un abril y un mayo que recordaremos sobre todo “Os de Madrid”, por ser la comunidad que abandonó a sus mayores y les negó la atención sanitaria para que siguieran viviendo.

3. Intercambio

En casa, entre atemorizados e inquietos por la salud mental de nuestros hijos, dejamos de escuchar las noticias más allá de una vez al día, para tratar de llenar el alma con algo más que inquietud y miedo y mi pareja y yo decidimos hacer de la casa un lugar donde apeteciera estar, supongo que como la mayoría de padres, con mayor o menor fortuna. Mi compañero Javier comenzó a enviarme hermosas fotos de la ría de Vigo, pequeñas calas, aperos de mariñeiro, puestas de sol, objetos varios. Javier tiene una embarcación típica de la zona, que ahora se recuperan como distintivo de la zona que cuida con mimo y atención. Como yo tenía un año sabático, mientras mi marido y mis hijos se encerraban en sus habitaciones para tratar de adaptarse a sus labores on-line, yo ocupé el salón, con mis acuarelas y lápices. Le propuse a Javier que, a partir de sus fotos, hiciéramos un intercambio postal: él me enviaba imágenes, y yo le devolvía una interpretación en acuarela o dibujo. Ahí comenzó, al menos por mi parte, una desoxidación creativa. En tiempos normales sólo dibujo en la playa, en la tranquilidad del verano y el aire libre, cuando mi mente se esponja y brota lo mejor de mí. Pero este era –es– un año atípico, y tenía, por cierto, una gran mesa de cristal de dos metros por delante bañada por una luz de primavera que, atenuada por estar orientada al norte entraba matizada por las ventanas. Y música.

4. El placer de dibujar

Señala Jean Luc Nancy, que va a ser mi acompañante en estas reflexiones, que el dibujo se define por el movimiento del trazo –sea con un lápiz o el propio cuerpo por el espacio– que produce un ritmo y genera ese placer sin objeto, esa finalidad sin fin, que define toda experiencia estética. Tratando de recuperar ese placer en mi mano, cuerpo y mente obturada, en mi habitación burbuja, en el centro de una ciudad que contaba diariamente a los ancianos que descartaba y que iban muriendo sin nombre ni apellidos, comencé a dibujar. Sin mucha convicción, pero empecé a dibujar. Creo que al principio más para complacer a Javier, a quien sentía que debía corresponder de algún modo sus hermosas fotos, que por una instancia interna. La creación, al fin y a la postre, siempre se hace para alguien.

Mis dibujos, acuarelas iniciales eran más un entrenamiento para que mi ser se hallara en confianza, siendo partícipe a la vez de un vínculo que poco a poco iba estableciendo con Javier, que recibía atento mis dibujos en sus distintas fases y me regalaba agua, arena, viento, nubes, sol y cielo. A través de él veía el paisaje de mi origen, creo que mi alma encogida y entre paréntesis se henchía y, a la vez, preparaba mi ser hacia otro estado.

“El dibujo es la apertura de la forma: la apertura en tanto que comienzo, la apertura como inicio, comienzo, origen, envío, arranque o elevación, y la apertura como disponibilidad o capacidad propia. Según la primera dirección, el dibujo evoca más el gesto del dibujo que la figura trazada; según la segunda, indica en esta figura una in-compleción esencial, una no finalización o una no totalización de la forma.” (Nancy, Jean Luc, 2007, 13)

El proceso creador, cuando es creador realmente, cuando aboca al no saber, me sumerge en una pasión de la cual no puedo desasirme. Esas primeras semanas de correspondencia fotográfica-acuarela fueron más un trabajo de *flâneuse*, un paseo epidérmico, rozando a penas la carne.

5. El espacio de la creación

Recuerdo que durante ese tiempo preparaba un complejo artículo sobre lo desconocido y lo paradójico en el arte, y reflexionaba, mientras hacía mis dibujos, sobre el espacio simbólico que hacen aflorar las artes. Retomé la lectura de tres obras, *Casa tomada*, de Cortazar, *la Casa de los espíritus*, de Allende y *Pedro Páramo*, de Rulfo. Mis días transcurrían en las labores de inmanencia – básicamente cocinar, pues de lavar, tender y planchar se ocupaba mi com-

pañero, y limpiar, lo hacíamos juntos— a la vez que me sumergía en la suerte de tópicos que suponían mis lecturas. Espacios que abandonar, espacios donde refugiarse, espacios áridos donde planea la vida y la muerte sin posibilidad de separación. Una vez a la semana atravesaba inquieta el espacio heterotópico de una ciudad vacía y muda que, paradójicamente, lucía hermosa y dejaba entrever los brotes verdes de sus muchos árboles. De algún modo, realidad y ficción comenzaron a no diferenciarse y Madrid fue volviéndose, cada vez, más parecido a un Comala en el centro de mi alma.

6. Mirar desde/con otros ojos. Encontrar

Javier me enviaba muchas imágenes, y en cada una de ellas encontraba la mirada de una persona que, alejada del mundo por decisión propia, mira el mundo con ternura. Me gustaba ver el mundo a través de la mirada del otro. Descubría, cada vez que abría el móvil, despojos que el mar dejaba sobre la arena: cuerdas, algas, pequeños y grandes animales. En ellos, prevalecía una mirada que, tomándola de la obra de Philippe Krhajac, era una mirada minúscula, atenta, humilde, deseosa de saber más allá.

Yo, al igual que mi compañero en esta aventura, soy también una recogedora incansable de todo lo que el mar arroja, incluso cuando lo que encuentro está a medio camino entre la putrefacción y la perdurabilidad. Empezamos los dos a sumergirnos en la mirada a esos objetos y animales varados, escupidos a veces por un mar sin piedad, destrozados otras, y a veces tratados por un mar condescendiente que los había depositado casi como una ofrenda: los comentábamos, hablábamos de su aspecto, de las causas, de su posible vida truncada, de la estética peculiar que nos embriagaba, que huele a marea baja y alga seca. En un momento determinado, no sabría decir qué fecha, apareció ante mis ojos aquello similar a lo que Roland Barthes llama “punctum”: un sobrecogimiento ante una imagen, que, efectivamente, me situó en lo que Nancy señala apertura, inicio, disponibilidad. Supe inmediatamente que eso que me había tocado profundamente era el inicio de algo. Y comencé con lo que es hoy la trilogía “Memoria Ósea”. Tomé el título de un texto de Martin Shaw, especialista en mitos, que me había recomendado Richard Hougham, el dramaterapeuta con el que estábamos editando conjuntamente el libro de donde forma parte mi capítulo sobre las heterotopías. Richard estaba fascinado con esa distinción y el poder de los mitos y los grandes relatos en la psique humana. Dice Shaw:

“La memoria de la piel es el tipo de cosas que pones en tu currículum. He estado viviendo en Totnes durante 8 años, 10 años o lo que sea. La memoria de la piel es la ruptura, los dolores, los puntos altos. Las cosas que recuerdas en tu vida y por las que te sientes emocionado. Pero los componentes mágicos de las historias son los que activan lo que podríamos llamar memoria ósea.” (Shaw, Martin, 2017)

Supe en aquel instante que las imágenes que Javier me enviaba convocaban, de algún modo, lo que nos estaba sucediendo como civilización, lo que les ha sucedido a las civilizaciones que se han consumido a sí mismas, habíamos colapsado y fracasado como cuidadores de la tierra. La imagen precisa correspondía a un cormorán muerto por el atragantamiento de una lubina. Las islas Cíes son un el mayor parque ornitológico de Europa de cormoranes, y su vuelo, su elegante forma de situarse sobre una roca, oteando el mar, ese perfil negro y esbelto, es también una imagen de belleza que me ha acompañado.

Esta otra imagen, que Javier me envió el 2 de abril (he revisado las fechas de mi wasap) era sin embargo, atroz: el ojo que podía ver del cormorán, completamente desenchajado, en una expresión que yo adivinaba entre la sorpresa y el horror, la boca completamente abierta, el cuello, otrora grácil, henchido hasta el máximo de sus posibilidades. En su boca podía ver medio cuerpo y la cola de una lubina aun brillante, con su inconfundible línea central. Pensé que nada, nada mejor o peor podía expresar lo terrible de esta pandemia: el ansia, la codicia, el acaparamiento de nuestra sociedad. Y a la vez, esa mirada entre aterrada y atónita que se ha quedado congelada en nuestros rostros.

7. Hacia la Memoria Ósea

Preparé el material. El año anterior había comenzado una serie de libros de artista y uno de ellos, *El cementerio marino*, donde convivía la vida y la muerte, tenía bastante que ver, al menos en el contenido, con lo que pensaba, podría ser.

Jean Luc Nancy habla de la técnica de un modo diferente a los otros teóricos. No la desdeña, sino que la pone en un valor muy especial. El arte consiste en una técnica: disposición, exposición, articulación de colores, tonos o frases, lograr la exactitud, la realización integral.

Decidí que estas obras serían recogidas en una caja, como un pequeño receptáculo, donde tendrían que ser abiertas con cuidado. Decidí también que sólo utilizaría lápices, para comprobar hasta dónde un lápiz puede, de algún modo, contener un mundo, desasirme de toda la pléyade de materiales diversos que me rodeaban. Y que no tendría color. Quería, además, sabiendo del largo confinamiento que teníamos por delante, hacerlo con tiempo. Creo que, como pocas ocasiones en mi vida, el tiempo detenido que no me había permitido yo misma estos años —y esta pandemia me

instaba–, me iba a obligar también a dibujar despacio, notando cada línea, cada marca en el papel: siendo consciente de ella. Tenía papel de dibujo en casa, que había quedado del material de mi pareja del verano pasado, bajo la cama. Metí en una caja de madera todos los lápices, uní las hojas y las dispuse en la gran mesa de cristal. Había, además de mi cormorán ansioso, dos imágenes que me producían, sobre todo,iedad. A diferencia de Faetón, como acabamos llamando al cormorán, en referencia al mito donde Faetón acaba consumido por su propia ansia², las otras dos aves me transmitían dolor, tristeza, pena. “Náufragos en tierra. Sin un rumbo claro”, me escribía Javier. Tuve que interrumpir el



Figura 1. Proceso de Ofelia.

² Según señala la Web *Mitos y Leyendas* “Faetón era hijo de Helios y de la oceánide o ninfa marina Climene. Creció en Egipto bajo la supervisión de su madre. Cuando Faetón era joven, su amigo Epafo le dijo que no era hijo del dios del sol y que su madre le había mentado sobre su origen. Climene, por el contrario, le juró a su hijo que sí lo era y le dijo dónde podría encontrarle. Faetón salió a buscar a su padre y finalmente lo visitó en su palacio en la parte oriental del mundo, que había sido lujosamente decorado con oro, plata y marfil. El dios del sol le dio una cálida bienvenida y Faetón le pidió una prueba irrefutable de que era su padre. Helios juró por la laguna Estigia que llevaba al mundo de los muertos que estaba preparado para darle a su hijo lo que quisiese. Entonces el joven le pidió montar en su cuadriga y recorrer los cielos durante un día. Helios lamentó haber hecho la promesa, pero ya no podía dar marcha atrás y sólo le aconsejó tener cuidado, porque se exponía a sí mismo y al mundo a un gran peligro, ya que sólo Helios –ni siquiera Zeus– sabía dirigir su cuadriga y los caballos que la llevaban. Pero Faetón, entusiasmado, no quiso oír a su padre y éste le cedió la cuadriga. Los cuatro caballos que despedían fuego fueron enjaezados y Helios le pidió a su hijo que no les dejase correr en exceso, ni volar demasiado bajo o demasiado alto. Inmediatamente después de partir perdió el control de las riendas y la cuadriga se desvió, causando el pánico entre las constelaciones del firmamento. Poco a poco se aproximó a la superficie de la tierra, abrasando ciudades, países y montañas. Los ríos se secaron, se formaron los desiertos y la piel de los etíopes se oscureció. Gaya sufrió una dolorosa agonía y pidió ayuda a Zeus. El rey de los dioses sabía que había que intervenir rápido y derribó al auriga con uno de sus rayos. El joven fue a parar al río Eridano –que más tarde sería el Po– y se mató. Las ninfas lo enterraron con una inscripción en su lápida que rezaba: «Aquí yace Faetón, que hizo el viaje por el sol, retó a todos, aunque la debilidad le traicionó»”. (<https://mitosyleyendas.com/mitologia-griega/faeton/>)

proyecto porque mi padre estaba muy grave en el hospital. Viaje a Vigo entre lágrimas y de urgencia en un tren vacío, con un salvoconducto que me permitía desplazarme por motivos urgentes. En el camino, la naturaleza estallaba tras tanta lluvia. En una pequeña estación me sorprendió un inmenso campo de calas. Naturaleza sin personas, qué molestos somos los humanos. Aproveché la estancia que pensé que era de despedida y fue de renacimiento, para acabar de releer *La casa de los espíritus*, que me levantó el ánimo y las esperanzas. En la casa familiar, me daban ganas de escribir también su historia. Quince días más tarde, llena de afecto y consciente de la vulnerabilidad que me atravesaba, volví a Madrid con otro salvoconducto. Allí seguían los materiales y nuestras aves. Era imperioso dibujarlas.

Creo que comencé con *Ofelia*, porque era la que más ternura me provocaba y porque su belleza, de algún modo, permanecía intacta. Quizá por la cercanía de mi padre tendido en la cama de hospital, con esa dignidad que conserva y esa mirada húmeda, llena de la mayor de las ternuras. Comencé con mucho cuidado, rozando la página. Pareciera que a medida que la dibujaba y ella salía a la superficie, entre el sueño y la muerte, la estuviéramos limpiando, amortajando. Cada línea era una caricia. Y, por otro lado, qué interesante es analizar cómo se articula un cuerpo, como fue su cuerpo grácil y robusto a un tiempo, cómo surgen las plumas, el plumón, como se insertan las alas en el cuerpo de un magnífico alcatraz.



Figura 2. Proceso de Faetón.

Faetón me desencajó, me produjo una gran inquietud. Me costó dibujarlo. Corregí su anatomía una y otra vez. Ese cuello abultado por el atragantamiento era cualquier cosa menos proporcionado, lógico. Estaba, de hecho, dibujando lo que había perdido escala, proporción, lógica. Esa es nuestra sociedad desquiciada. Un *Faetón* que descubre, horrorizado, que ha sido el causante de su propio fin.

Nike finalmente, me resultó tremendamente trágica, en sus maravillosas plumas abandonadas al destrozo de la falta de vida. Como Nike, y de ahí su nombre, con sus alas abiertas, parecía una victoria vencida en plena muestra de su poder y belleza. Su rostro, comido ya, dejaba entrever parte de su osamenta y resultaba la imagen doliente y trágica del final de la belleza. Acabé exhausta, con una sensación de volver de enterrar a alguien, con la pala a cuestas, después de haber puesto flores y rezado una oración, pero después de haber cavado su propia tumba con mis manos.

Los tres libros están completamente llenos de trazos, algunos imperceptibles por el o la espectadora, no hay resquicio. De algún modo, pareciera que quisiera purgar mi lamento por aquellas tres aves. Usé desde el lápiz blando 8B hasta el duro 4H, en una necesidad de dibujar lo más tenue, aunque nadie pudiera siquiera verlo. Eran caricias invisibles, disposiciones necesarias aunque imperceptibles, pero que servían a una suerte de restauración simbólica de este naufragio absoluto que vivimos.

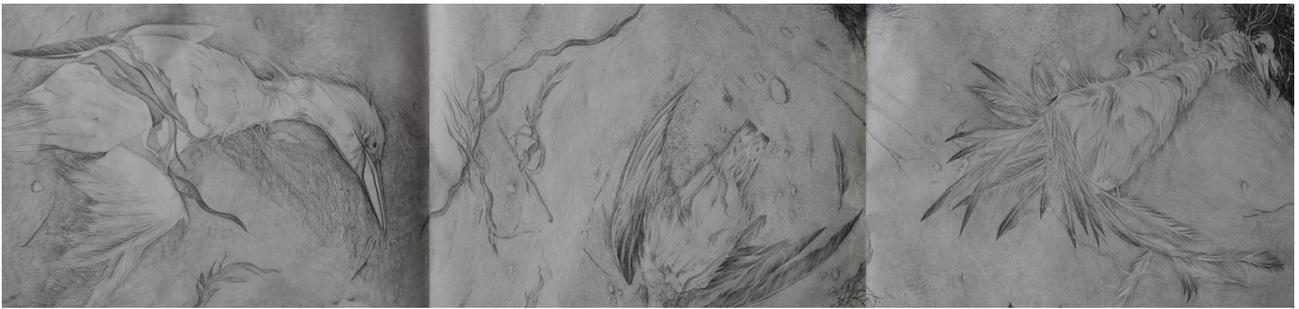


Figura 3.



Figura 4.



Figura 5.

8. Epílogo

Acabé a finales de junio y para cerrar el confinamiento dibujé la ventana de casa y lo que, durante tantas semanas veía: plantas que crecían y la fachada de la casa de enfrente.

En verano, continué con mis libros de artista: plantas y pescados. De algún modo, en Galicia, mientras dibujaba sin confinamiento, estaba convencida de que esos dibujos eran similares.

En septiembre quise verlos todos juntos y me di cuenta de que eran completamente distintos. *Memoria Ósea* no se parece a ellos, sus trazos delicados, casi imperceptibles, hablan del silencio y la lentitud. Creo que las semanas de diálogo interior, de escucha y conversaciones escritas a través del móvil con Javier fueron casi una meditación callada y un modo de sobrevivir, restaurar lo ido, pedir perdón al mundo a la vez que tratábamos de curarlo a través de nuestra mirada.

Señala Nancy, reflexionando sobre Aristóteles, que los humanos obtienen placer en la mimesis en razón de la *mathesis* —el saber— que procura: es el instrumento del reconocimiento y la identificación. De algún modo, el ser humano desea darse una identidad como aquella que parece corresponder a la propiedad de la cosa. Quizá esos meses buscaba entender a través del dibujo de lo otro, qué éramos nosotros. Pero, como también señala Rancière, cualquier forma estética es la desviación particular por la cual la forma contradice la identidad que declara.

No se, creo que me reconcilié conmigo aquellas semanas. El trabajo de duelo que Javier y yo hicimos con nuestros pájaros muertos fue un modo de restituir con nuestra mirada la dignidad de un mundo doliente.



Figura 6. Aves. Fotografías de Javier Pereira.

Referencias bibliográficas

- Allende, Isabel (1982). *La casa de los espíritus*. Barcelona, De bolsillo.
- Barthes, Roland (2009). *La cámara lúcida: nota sobre la fotografía*, Barcelona, Paidós.
- Cortázar, Julio (2007). *Casa tomada y otros cuentos*. Alfaguara, Madrid.
- Krhajac Philippe (2018). *Une vie minuscule*. Paris, Flammarion.
- Nancy, Jean Luc 2007. *Le plaisir du dessin*. Paris: Éditions Hazan.
- Rancière, Jacques (2005). *Sobre políticas estéticas*. Barcelona: Museo de Arte Contemporáneo.
- Rulfo, Juan (1955). *Pedro Páramo* Fondo de Cultura Económica.
- Valéry, Paul (2006). *Le cimetière marin / El cementerio marino*. Madrid, Editorial Lucina.

Descargas

<https://mitosyleyendas.com/mitologia-griega/faeton/>

Martin Shaw on imagination: “I would describe it as ‘ripe for invasion’” <https://www.robhopkins.net/2017/05/04/martin-shaw-on-imagination-i-would-describe-it-as-ripe-for-invasion/>

